

LO DEMAS ES MENTIRA

EDUARDO GALEANO

(a Pedro Saad)

1 -Me voy el domingo -digo-. Hay un vuelo directo a Barcelona.

-No -dice Pedro.

-¿No?

-El domingo irás, iremos, a Guayaquil. Y desde allí...

Me río.

-Escucha -dice Pedro, y yo:

-No puedo quedarme ni un día más. Tengo que...

-¿Me vas a escuchar?

2 Cuando comento con Alejandra el cambio de planes, ella dice:

-Así que vas a ver a Adán y Eva. Y fuma y dice:

-Yo quiero morir así.

3 En la península de Santa Elena, que se llamaba Zumpa, reina el tiempo gris. No lejos de aquí, más al norte, el mundo se parte en dos de un tajo. Aquí se parte el tiempo. Cada año tiene una mitad de sol y una mitad de grisura.

Caminamos a través de la tierra polvorienta. Hace miles de años, me explica Pedro, la mar metía por aquí sus brazos. Uno excava un poco y aparecen las conchas de los mariscos. Los vientos del sur han dejado árida la península. Los vientos y el petróleo que se descubrió debajo. También las cocinas de Guayaquil, porque a sus fogones fueron a parar los bosques de guayacán, que hasta no hace mucho, medio siglo nomás, cubrían este desierto, y que antes servían para ofrendar a los dioses incienso de palo santo. De la vegetación quedan ahora unas pocas matas achaparradas, armadas de espinas para engancharse y que te quedas, entre los balancines que cabecean buscando petróleo -y el resto es una inmensidad de polvo y nada.

4 -Es aquí -dice Pedro, y levanta la tapa de madera.

Están casi a flor de tierra, metidos los dos en un huequito.

Los miramos en silencio y pasa el tiempo.

Yacen abrazados. El, boca abajo. Un brazo y una pierna de ella por debajo de él. Una mano de él sobre el pubis de ella. La pierna de él cubriéndola.

Una piedra grande aplasta la cabeza del hombre, y otra el corazón de la mujer. Hay una piedra grande sobre el sexo de ella y otra sobre el sexo de él.

Veo la cabeza de la mujer apoyada en el hombre o refugiada en él, sonreía, y comento que tiene cara alumbrosa, cara de beso.

-Cara de espanto -contradice Pedro-. Ella vio a los asesinos. Los vio venir y alzó el brazo. Con estas piedras los mataron.

Veo el brazo alzado. La mano le protegió los ojos de alguna súbita amenaza o mal sueño, mientras el resto del cuerpo seguía durmiendo, enredado al cuerpo de él.

-¿Ves? -dice Pedro-. Con esta piedra le rompieron la cabeza.

Me señala la telaraña de la rajadura en el cráneo del hombre y dice:

-Piedras así de grandes, no se encuentran por aquí. Las trajeron de lejos, para matarlos. Quién sabe de dónde las trajeron.

Yacen abrazados desde hace miles de años. Ocho mil años, dicen los arqueólogos. Antes del tiempo de los pastores y los labriegos. Dicen que la arcilla impermeable de la península les mantuvo intactos los huesos.

Los miramos y pasa el tiempo. Siento la resolana reverberando entre el cielo sin color y la tierra caliente y siento que esta península de Zumpa ama a sus amantes, y que por eso supo guardarlos en su vientre y no se los comió.

Y siento otras cosas que no entiendo y me marean.

5 Estoy mareado y desnudo.

-Ellos crecen -digo.

-Recién empieza. Espera y verás -me advierte Pedro, mientras el auto se desliza hacia la costa entre nubes de polvo.

Y yo sé que me perseguirán.

Magdalena los vio y gritó cuando se iba.

6 -Los descubrió una mujer -dice Pedro-. Una arqueóloga que se llama Karen. Están tal cual los encontré, hace dos años y medio.

Que no los despierten, quisiera yo. Hace ocho mil años que duermen juntos.

-¿Qué harán aquí? ¿Un museo?

-Algo así -sonríe Pedro-. Un museo... ¿por qué no un templo?

Y pienso: «Ese pocito es su casa, que fue invulnerable. ¿Cuántas noches caben dentro de noche tan larga?»

Me estremeczo presintiendo el super-show de los amantes de Zumpa en manos de los *tour operators*, una experiencia inolvidable, un tesoro de

la arqueología mundial, las cámaras y las filmadoras escoltadas por enjambres de turistas compradores de emociones. Pienso en el bello cuerpo que ellos hacen abrazándose y en tantos ojos sucios que no los merecerán. En seguida me acuso de egoísmo y un poquito de vergüenza me sube a la cara.

7 Comemos en la costa, en casa de Julio. Hay buen vino, que brota en la mesa como milagro, y sé que está sabroso el pescado y la conversación vale la pena; pero yo estoy sin estar del todo. Bebe y come y escucha un pedazo de mí, que algo dice también, de cuando en cuando, mientras el otro pedazo anda que te anda por los aires y queda inmóvil ante el pájaro que nos mira a través de la ventana. Cada mediodía, ese pajarito baja y se posa en una rama y mira mientras duran los almuerzos.

Después me echo en una hamaca o caigo en ella. La mar me canta bajito. Te abro, te descubro, te nazco, canta la mar, o por boca de ella susurran esos dos que vienen de antes de la historia y la inauguran; los ramajes, atravesados por la brisa, repiten la melodía. Antiguos aires, que bien conozco, me recogen y me envuelven y me balancean. Fiesta y peligro de nunca acabar...

-¡Arriba, dormilón!

Me protejo los ojos con la mano.

La súbita voz de Pedro me devuelve al mundo.

8 -No -dice Karen-. No los mataron. Las piedras fueron colocadas después.

Pedro insinúa una protesta.

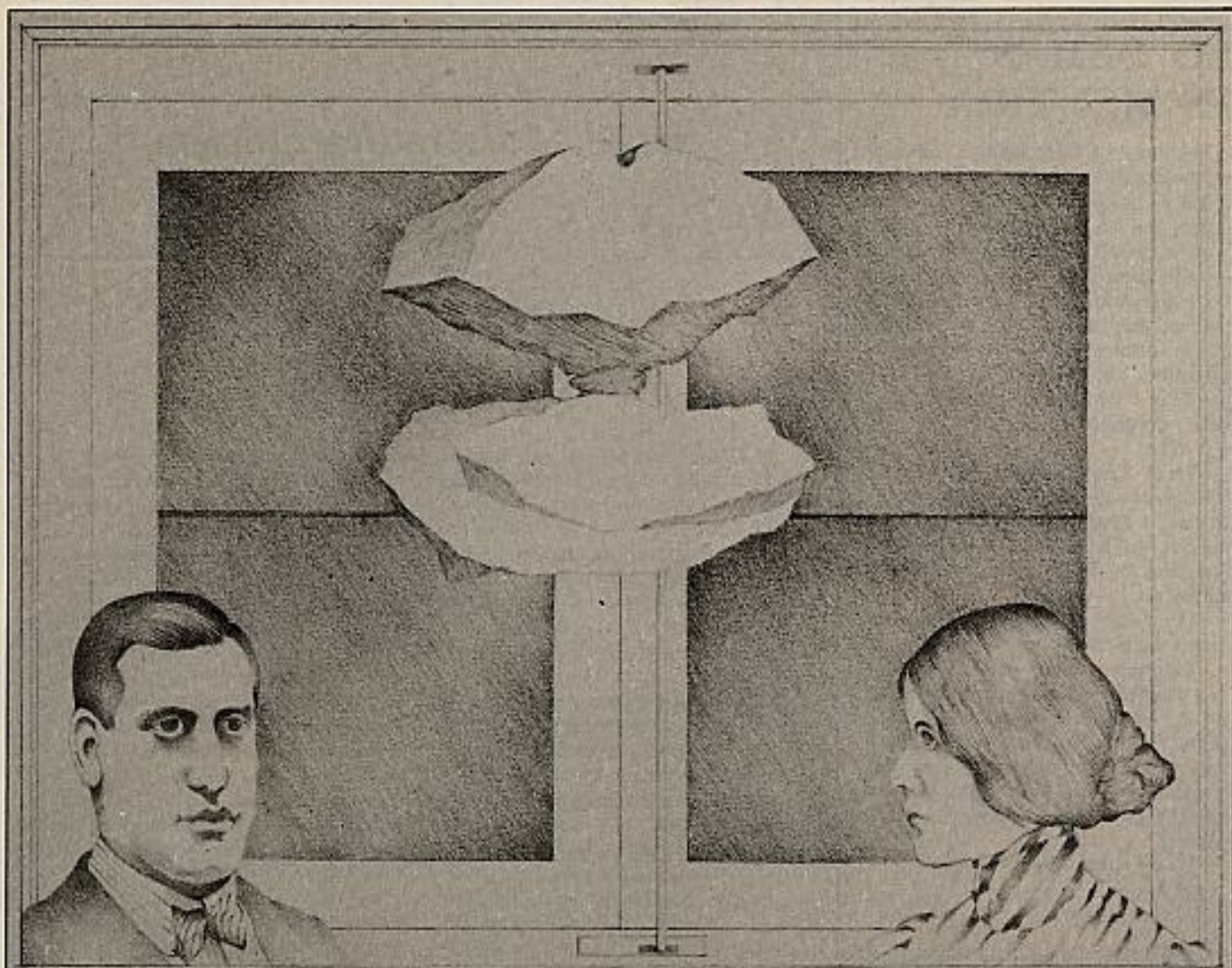
-Las piedras hubieran resbalado -insiste la arqueóloga-. Si les hubieran arrojado las piedras, hubieran resbalado. Las piedras estarían a los costados y no encima. Están prolijamente puestas sobre los cuerpos.

-Pero... ¿y la quebradura del cráneo?

-Es muy posterior. Quizás algún auto o camión que estacionó sobre ellos. Cuando los descubrimos estaban así, a un palmo de la superficie. Sólo huesos muy antiguos pueden resquebrajarse como la loza.

Pedro la mira, desarmado. Yo quisiera preguntarle qué sintió cuando los vio aparecer, pero me parezco bobo y no pregunto nada.

-Colocaron las piedras cuando los enterraron, para protegerlos -conti-



Dibujo de FUENCISLA DEL AMO

núa Karen-. En este lugar encontramos un cementerio. Había muchos esqueletos y no solamente los de... los...

-Amantes -digo.

-¿Amantes? -dice-. Sí, los llaman así. Los amantes de Zumpa. Es un nombre simpático.

-Pero también encontraron restos de casas -dice Pedro-. Y de comida: conchas de mariscos, ostiones... Quizás enterraban a los muertos en las casas, como otras tribus que...

-Quizás -admite Karen-. No es mucho lo que sabemos.

-O puede haber una diferencia en el tiempo, ¿no? Una diferencia de miles de años entre el cementerio y las casas. Los amantes pueden ser muy posteriores o anteriores a los demás esqueletos.

-Quizá -dice Karen-, pero lo dudo.

Nos sirve café, mientras sus hijos corretean detrás de un perro, y nos explica que no es posible remover esos huesos al cabo de tanto tiempo.

-No los hemos tocado -dice- para no desbaratarlos. Que yo sepa, es la primera vez que aparece una pareja enterrada así. El hallazgo puede tener cierto valor científico. Han venido

huesólogos, como los llaman por aquí. Ellos confirmaron que se trata de un hombre y de una mujer, y que eran jóvenes cuando murieron. Tenían entre veinte y veinticinco años. Los... huesólogos dicen que los esqueletos corresponden todos al mismo período.

-¿Y el carbono catorce? -pregunta Julio-. Habían hecho esas pruebas.

-Enviamos a Estados Unidos otros huesos del mismo cementerio. El carbono catorce rectificado dio una antigüedad de seis a ocho mil años. Los huesos de los... amantes, no se pueden analizar. Sólo un diente, que arrancamos al hombre. El laboratorio investigó el diente. Termoluminiscencia, ustedes saben. La respuesta no sirve para nada. Da una antigüedad de seis a once mil años. De haber sabido, le hubiéramos dejado en paz la dentadura.

Pedro esperaba esta oportunidad.

-Supongamos -dice, triunfal- que dentro de mucho, mucho tiempo, los técnicos analizaran con esos mismos métodos los restos de nuestra civilización. Encontrarían paquetes de Marlboro en el Coliseo de Roma.

Karen se tiente, se le escapa una buena risa franca, y después, a la

segunda vuelta de café, nos advierte:

-Yo sé que no les gustará lo que voy a decir.

Nos mira a los tres, nos dice sin apuro y bajando la voz, como quien dicta una sentencia secreta, explica:

-Ellos no murieron abrazados. Los enterraron así. Por qué, no se sabe. Nunca nadie sabrá por qué los enterraron así. Quizá porque eran marido y mujer, pero esa explicación no basta. ¿Por qué no enterraron igual a las demás parejas? No se sabe. Quizá murieron los dos a la vez. No hay signos de violencia en los huesos. Quizá se ahogaron. Estaban pescando y se ahogaron. Quizá. Por algún motivo, que nunca conoceremos, los enterraron abrazados. No murieron así ni los mataron. Los encontramos en su tumba, no en su casa.

9 Caminamos a través de los arenales, mientras cae la noche. Resplandece la mar más allá de los médanos.

-Los científicos dicen -cuenta Pedro- que no podía haber amantes hace tantos miles de años, en un grupo de pescadores semi-nómadas, que no conocían la propiedad y... Y yo creo que ahora no puede haberlos.

LO DEMAS ES MENTIRA

Seguimos callados los tres, mirando el suelo.

Yo pienso en su grandeza, tan chiquitos que son, como nosotros nomás, y en su misterio. Más misteriosos que el gran pájaro de Nazca, pienso. Símbolo más mío que la cruz, pienso. Y pienso: monumento más de América que la fortaleza de Machu Picchu o las pirámides del sol y de la luna.

—¿Han visto un ahogado, alguna vez? —pregunta Julio.

Y dice:

—Yo sí. Los ahogados quedan contraídos, con el cuerpo en posición de... horror, y cuando los sacan están más rígidos que la madera. Si se hubieran ahogado, nadie hubiera podido abrazarlos así.

—¿Y si no se hubieran ahogado? Había otras maneras de morir.

—Tampoco, creo —me dice Julio—. Los muertos se endurecen rápido. Yo no sé... —vacila—. Karen sabe. Ella sabe, pero... No sé. No creo que... Están en una posición *ten* natural. Ningún enterrador hubiera sido capaz de eso. Ese abrazo es tan verdadero... ¿No te parece?

—Yo les creo —digo.

—¿A quién?

—A ellos —digo.

10 Malditos amantes de Zumpa que no me dejan dormir.

Me levanto, en mitad de la noche. Salgo al balcón, respiro hondo, abro los brazos.

Y los veo, traicionados por la luna, en algún punto del aire o del paisaje. Veo a los hombres desnudos que se arrastran en silencio por el manglar y acometen armados de puñales de piedra negra o filosos huesos de tiburón. Veo el sobresalto de ella y la sangre. Después, veo a los verdugos colocando sobre los cuerpos las pesadas piedras traídas desde lejos. Los primeros agentes del orden o los primeros sacerdotes de un dios enemigo ponen una piedra sobre la cabeza de él, otra sobre el corazón de ella y una piedra sobre cada sexo, para bloquear la salida de este humito que se fuga, humito mareador, humito de locura que pone al mundo en peligro —y sonrío sabiendo que no hay piedra que pueda con él.

11 A la mañana siguiente, el regreso.

La vegetación crece a medida que me alejo del páramo y por el aire se van alzando aromas verdes mientras entro al luminoso mundo mojado de Guayaquil. Me acompañan, para siempre, los que mejor murieron.

(En Ecuador, a mediados de 1980).

E. G.

Sobre la literatura chicana

LETRAS QUE ENTRAN CON SANGRE

FELIPE MELLIZO

NO hace mucho, en Salamanca, atendí lo mejor que pude a Juan Rulfo cuando hablaba de la lengua española en los Estados Unidos. La cosa tenía lugar en el ámbito de un Seminario organizado por una poderosa compañía de televisión mexicana, durante el cual, además de una considerable cantidad de vaguedades, se dijeron las tres o cuatro cosas inteligentes que cabe esperar siempre que se reúnen algunas personas. Bueno, esto de la suerte del castellano, o lo que queda de él, en los Estados Unidos, se está convirtiendo en un tema un poco sobado, que manejan a su antojo, por una parte, los patriotas de oficio y, por otra, los Académicos de la Lengua. Menos mal que Dámaso Alonso advirtió a los optimistas de algo inevitable e inminente: el idioma español ya no tendrá —si es que lo tiene ahora— su centro «cultural» en la España del año 2.000. Unos cientos de millones de seres humanos hablarán por el mundo varios «españoles» animosos, distintos, que, si todo transcurre como Dios manda, tendrán en

común lo más necesario del espíritu y lo más necesario de la técnica, que es la gramática. Lo demás habrá muerto, parcialmente a manos de la finchada petulancia de algunos santones y, en el gran resto, a manos de la vida.

METIDO en este asunto está el problema de los «hispanoparlantes» de los Estados Unidos, de los que no hace mucho y con la inercia habitual, se ha dicho en nuestra prensa que «estaban siendo adulados» por Carter y Reagan. Ya ven ustedes lo que son las cosas. La verdad es que bastantes millones de estadounidenses hablan un español. De ellos, el grupo más importante desde los puntos de vista cultural e histórico es el llamado «chicano», compuesto por las gentes mestizas que quedaron en territorio de los Estados Unidos a raíz del terrible tratado de Guadalupe-Hidalgo y de su esforzado «protocolo de Querétaro». No son más que parcialmente, los campesinos de César Chávez, californianos y «espaldas mojadas». Son los «indoamericanos» des-



Las exploraciones españolas en norteamérica. (Del libro de J. de Onís citado en el texto.)